

**ESTEBAN
INCIARTE**

LOS MISTICOS FRENTE AL CANTAR DE LOS CANTARES

I

Recordemos, muy someramente, qué es EL CANTAR DE LOS CANTARES. El libro más breve del Antiguo Testamento; apenas ocho o diez páginas en una edición standard. Aparece (sin razón suficiente) formando parte del grupo de escrituras comprendidas bajo el rótulo general de "libros sapienciales", junto a *Job*, los *Salmos*, los *Proverbios* y el *Eclesiastés*.

La formulación repetitiva del título indica que se trata del cantar por excelencia, como cuando decimos a alguien: eres el amor de mis amores; o de alguien: sabio entre los sabios o bella entre las bellas. Consta de una serie de poemas que componen una especie de égloga pastoril (aunque esta referencia retórica nos remite más bien a categorías greco-romanas), o un epitalamio que decanta el amor entre esposos o, mejor, entre desposados, prometidos o novios, enamorados hasta los tuétanos y desbordando su pasión en el ápice del enardecimiento erótico.

La "tradición" —es decir todos en general y nadie en particular, según se ha supuesto siempre y nunca se ha comprobado— lo atribuyó, igualmente entre judíos que entre cristianos, al rey Salomón. Lo más probable es que su autor, poeta anónimo, lo compusiera pensando en el hijo de David. ¿Por qué tal atribución salomónica? Según repiten los comentaristas, porque a Salomón se le tenía por poeta (*I Reyes* 5, 12). Pero, por esta razón, lo natural es que se hubiese atribuido a su padre David, salmista extraordinario, mágico arpista y bailarín consumado. A Salomón se le admiraba más bien por sabio y prudente. Si, pues, el Cantar fue asociado a su nombre, me parece que hubo otra razón. Y es que Salomón destaca incluso muy por encima de su padre David (nada manco al respecto) como galán superlativo.

Casado muy joven con una hija del Faraón, los tratos monogámicos no satisfacían su "anchura de corazón, como la arena que está a orillas del mar", según reza hermosamente *I Reyes* 4, 29. Consecuencia: "amó, además de a la hija del Faraón, su esposa, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Edom, a las de Sidón, a las heteas". Por no andar con repartimientos étnicos, la crónica bíblica proporciona números sonantes y redondos: "tuvo 700 mujeres reinas y 300 concubinas", a las que "se juntó Salomón para amor". Lo constata el cronista real sin el menor recato y, al parecer sin miedo a estar aireando secretos escandalosos. Lo único que se le afea y achaca es que tamaña dispersión erótica le indujo a transgredir un mandato divino; no la condena del adulterio, sino la prohibición de "llegarse a mujeres extranjeras por el peligro de que inclinen los corazones hebreos tras sus dioses de ellas". Tal cual sucedió: "Siendo ya viejo Salomón, sus mujeres inclinaron su corazón tras los dioses ajenos, y así su corazón no fue perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David".

La tradición popular (antes y por mejores motivos que la erudita) atribuyó, pues, a este empedernido y, se supone, prepotente "amador entre los amadores" la escritura del Cantar. ¿Dedicado a quién? Los rabinos, muy edificantes, suponen que a su esposa faraónica. ¿Quién puede creerlo? Quizá sí lo escribió con ocasión de las nupcias. De otro modo, ¿quién entona cánticos así de fervientes a su legítima, aunque la quiera mucho? (que esto es otro cantar). Alguien ha sospechado que la esplendorosa amada es la Reina de Sabá, con quien no consta, bíblicamente, que llegara a tener amores; pero el Negus de Abisinia, rey entre los reyes, a casi 30 siglos de distancia, sigue presumiendo de ser glorioso fruto de aquella extra-bíblica aventura salomónica.

En todo caso, en el momento histórico de este cántico nupcial, Salomón cuenta, sólo con "60 reinas, 80 concubinas y doncellas sin cuento", según se ufana el propio amante en el capítulo VII. Claro que no hemos de atenarnos a la letra de los números; debemos entender "muchas y muchas más, según el uso hebreo", conforme aclara el buen hebraísta Fray Luis de León.

¿Cómo se concilia estar tan arrobadamente enamorado, como denuncia la tónica del Cantar, y ser tan... "anchuroso de corazón"? Admiremos la explicación justificativa que nos brinda nada menos que el ortodoxísimo fraile agustino (autor, más tarde, de ese puritanismo manual de cónyuges cristianos titulado *LA PERFECTA CASADA*). "No está la prueba y firmeza del amor en amar a una persona a solas y sin compañía de otras; antes el mayor y más verdadero punto de él está cuando, extendiéndose y abrazando a muchos, entre todos se señala y diferencia y aventaja particularmente con uno; lo cual declara bien el esposo en estas palabras ('pero una es la mi paloma, la mi perfecta'), en las cuales no niega tener afición y querer bien a otras mujeres, pero confiesa amar a su esposa más que a todas, con un amor así de particular y diferente de todos los demás, que los demás (amores) casi no merecen este nombre de amor; y aunque quiere a muchas, pero la su esposa es de él querida por única y singular manera."

Qué opinará la favorita, no lo sabemos. Y es muy dudoso que Fray Luis se mostrara igual de magnánimo si ella fuese tan múltiple amadora... Pero sí se indica que las 60 reinas, 80 concubinas y doncellas incontables del impresionante harem salomónico no se celaron de la especialísimamente amada entre las amadas. Al revés, elogiaron el buen gusto de Salomón. "La vieron las doncellas y la llamaron bienaventurada; las reinas y concubinas la loaron". Y comenta lindamente el asceta agustino: "Grande y nueva cosa es reconocer y no envidiar tanto bien las demás mujeres... porque son de su natural las mujeres, envidiosas entre sí extrañamente. Y muestra en esto el esposo que no es afición ciega la que le mueve a quererla (a 'la su paloma'), sino razón tan clara y de tanta fuerza, que las otras mujeres confiesan llanamente que es así, reconociéndola por tal y loándola a boca llena". Tan





entusiastas, que la comparan a la mañana, la luna y el sol, "que son toda la alegría y belleza del mundo".

II

El Cántico de los cánticos no menciona a Dios para nada, por un lado; por otro, su lenguaje es de un erotismo subido de tono. Por ambas consideraciones, ya en el primer siglo los peritos hebreos dudaron de sus canonicidad, o sea de su calidad de escritura sagrada, inspirada por Dios. ¿Cómo y por qué decidieron su canónica santidad?

Una solución muy ingeniosa: leer ese poema de humanísimo y profanísimo amor con ojos simbólicos o alegóricos. ¡Santo remedio! El amante o esposo o amante o novio es el mismísimo Dios; la esposa o amada o amante o novia es el pueblo escogido. Si no se menciona a Dios, es sencillamente porque El es quien está hablando en primera persona. Y, asimismo, no sólo no resulta in o amoral, sino máximamente edificante, pues relata las relaciones moralísimas entre Dios y su pueblo.

No faltaban razones para justificar tal acomodación hermenéutica. Los profetas habían comparado también esa aventura comunitaria con la convivencia matrimonial, siguiendo a Oseas. Así que también los teólogos, exégetas y jerarcas cristianos dieron por válida aquella interpretación. Sólo que ahora, por motivos bien sabidos, el Esposo (con mayúscula) es Dios, o más preferiblemente, Jesucristo, y la Esposa (no menos mayúscula) es la Iglesia.

Nótese que este "segundo sentido" no únicamente se aceptó al lado o junto o más allá del primer sentido literal e histórico, sino que los autores más ortodoxos decretaron la inexistencia en el Cantar de historia alguna de amor humano. Leo en una introducción de 1925 a la versión castellana de Torres Amat: "Autores impíos y racionalistas han profanado esta divina obra, suponiéndola un epitalamio vulgar, expresión de amores humanos... Aquí no hay sentido literal alguno, ni se conmemoran hechos históricos: todo el libro es (no sólo encierra) mera alegoría, es decir, *todo él ha de entenderse de cosas diversas de lo que suenan las palabras* (ruego que se relea toda la frase): todo este amor es místico, espiritual".

No pararon ahí las transposiciones simbolizantes, en esa acomodación de signo colectivo o comunitario: Dios-pueblo elegido, Cristo-Iglesia creyente.

Sin remontarnos a antecedentes más remotos, los autores místicos españoles del Siglo de Oro dieron un paso más. Atacados de feroz individualismo también en la espera de la "economía sobrenatural", leyeron y entendieron el Cantar desde las preocupaciones y ensueños de su personalísimo almario. Relegando a un segundo plano las exégesis genéricas, social-demócratas, entre Dios o Cristo y el rebaño de los creyentes, vieron reflejado allí el itinerario de su

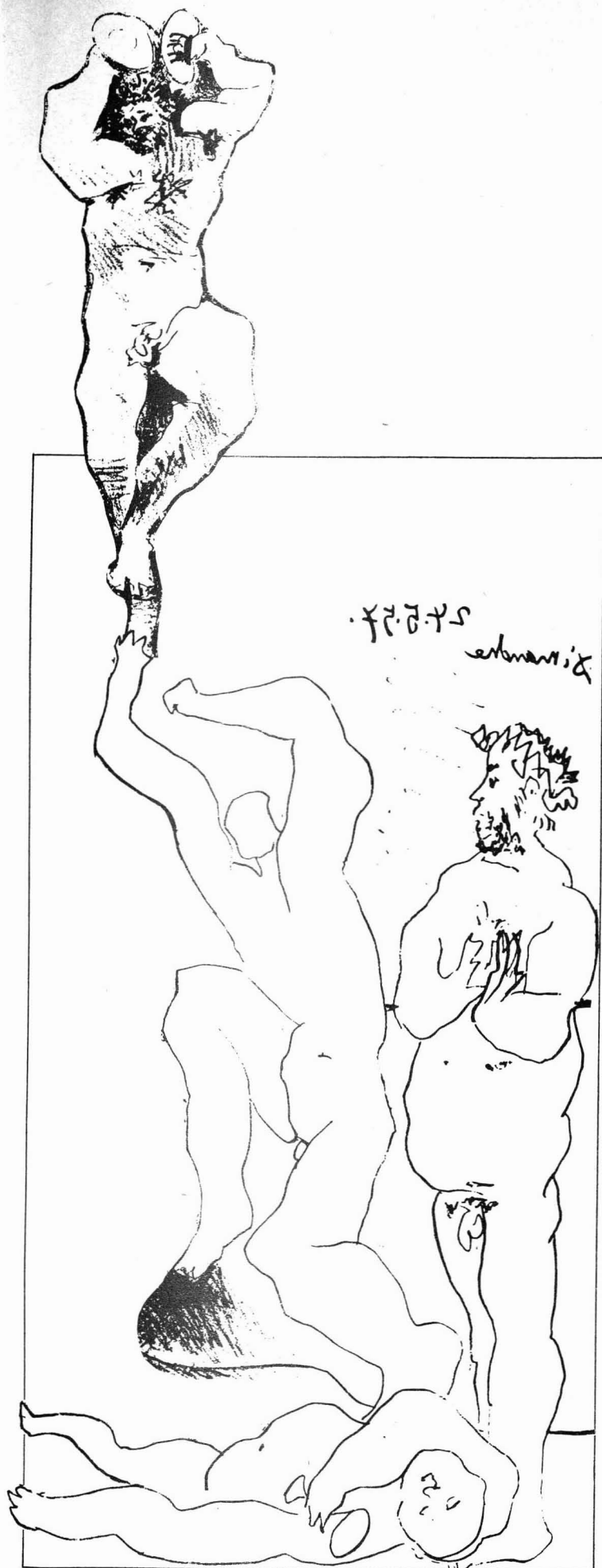
particularísima y al cabo intransferible aventura espiritual por los derroteros de la perfección. Al fin que no nos salvamos o condenamos así en grupo, gregariamente, sino cada quien por su propia cuenta y riesgo y mérito o demérito. Ya lo proclamaba la terrible exhortación: "Tú cuida de salvar tu alma, aunque se hunda el mundo." En el CAMINO DE PERFECCION (título teresiano), las historias son individualísimas, irrepitibles; ni hay dos santos iguales, como tampoco dos pecadores (ni siquiera dos negros o dos chinos, que nos parecen tan casi iguales a los que no somos negros o chinos).

Individualismo feroz, por una parte. Pero hay algo más. Que no se hagan ilusiones los cristianos corrientes y molientes, que van por los "caminos carreteros" y no por el camino de perfección. En los asuntos de la gracia divina, como en la esfera de los derechos socioeconómico-políticos, en principio somos todos iguales, pero unos más iguales que otros. O séase: Dios ama a todo hombre o mujer que viene a este mundo, y desde luego a todo hijo de la Madre Iglesia, pero a algunos les ama más. Como Salomón pues. Ahí está, como ilustración espeluznante, la parábola evangélica de los talentos.

Aplicando el cuento. Ya hemos quedado en que el Cantar sólo en su corteza, por fuera y según las apariencias epidérmicas es un "epitalamio vulgar", en su entraña, por dentro y según la sustancia de su significación real es un cántico de amor a lo divino. Pues bien, para entender y, sobre todo, para apropiarse las inefables confianzas, las recónditas intimidades de una relación así de "alta y subida" con El en persona, hay que pertenecer a la raza azul de los elegidos. Hay que tener "vocación", conforme al argot clerical. Para no andarnos por las ramas, hay que inscribirse en el club privado y selecto (por cierto, últimamente en descrédito y padeciendo alarmante deserción) de las almas "religiosas": ser cura, fraile o monja.

No falta lógica a toda esta teología reductiva. Si el Cantar se refiere, tan sólo o primordialmente, al eros divino o celeste o espiritual, bien está reservar su lectura y ejemplaridad a los hombres y mujeres que han renunciado a los amores, orgasmos y reproducciones de este mundo. No por nada a Dios o a Cristo se les llamen lenguaje místico-monástico "Esposo de los y las vírgenes". (Nos llevaría mucho tiempo exponer el trasfondo antisexualista, hijo —para mí bastardo— de una antropología y una axiología dualista, muy muy neoplatónicas y muy muy poco bíblicas, que encubre y denuncia tal concepción de la espiritualidad celibataria.)

Para tales perfectos es ahora el epitalamio bíblico, cántico de bodas pero célicas, no terrenas; égloga pero no matrimonial sino celibataria. En suma, que no es ya epitalamio sino... antitalamio. Ni trata del mujeriego Salomón y su esposa faraónica, sino del solo y solitario Dios monoteísta y del alma que ha profesado pobreza, obediencia y, ¡ah! , castidad.



Y dado que pertenezco, aunque no desde hace mucho, con la mayoría de mis lectores, a la inmensa muchedumbre de los amadores de este mundo, debería exhortarme y exhortarles con la grave amonestación de la edición bíblica antes mencionada: "Leamos este divino Epitalamio con profundo respeto, dejando aparte todo recuerdo de amor profano, y pidiendo al Espíritu Santo que nos guarde de profanar la Palabra divina, como la profanan y blasfeman aquellos que en el Cántico de los Cánticos buscan humanos devaneos y sensuales efectos."

Lo malo, digo lo bueno, es que esos "sensuales efectos" ahí están ante nuestros ojos y al menos yo nunca he aprendido a leer con los ojos cerrados. . .

III

Así las cosas, es decir, manipulados los cantares salomónicos con una óptica, una mentalidad y sensibilidad totalmente ajenas, por no decir traidoras, a la letra, el sentido y el espíritu del texto original, ¿qué ocurrió?

No se perpetraron traducciones-traiciones impunemente. Tenían que sobrevenir líos a la fuerza. Imposible evitar contradicciones, malentendidos y cuando menos ambigüedades. En fin, alguien irá a parar a las cárceles de la Santa Inquisición.

La falta de lógica recayó en la Biblia en general. Hasta el siglo pasado no se permitió, se sobreentiende dentro del catolicismo, su traducción íntegra a los idiomas vernáculos y menos una versión directa del original hebreo. Prohibición estupefaciente. La Palabra de Dios, fuente y raíz de la fe, no podía ser puesta al alcance del pueblo creyente, pues —conforme al decreto tridentino— "es manifiesto por la experiencia (protestante sobre todo) que si los libros sacros en lengua vulgar se permiten a cada paso a todos, nace de ello más daño que provecho".

En el caso del Cantar las mixtificaciones y absurdos se redoblan. Si ahí no se narran sino las maravillas purísimas del amor divino, ¿cómo se le tiene por el librito peligroso y desaconsejable e intraducible de toda la Biblia? Resulta que por obra y gracia de la transposición divinista, las sublimidades del más etéreo amor se prestan, por lo visto, a las más morbosas sugerencias del erotismo carnal y, por ende, pecaminoso.

Aquí tenemos ya a tres cimas de la espiritualidad ascético-mística de todos los tiempos: un virtuosísimo fraile agustino, Luis de León, y dos carmelitas canonizados: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Los tres españoles, vale decir, más papistas que el Papa. Los tres han renunciado a conocer varón o hembra; por tanto en principio y teóricamente les está dedicado y adecuado el Cantar. De los tres, los dos varones pueden leer el texto, bien en hebreo y latín, como el eruditísimo Fray Luis, o siquiera en latín, como el

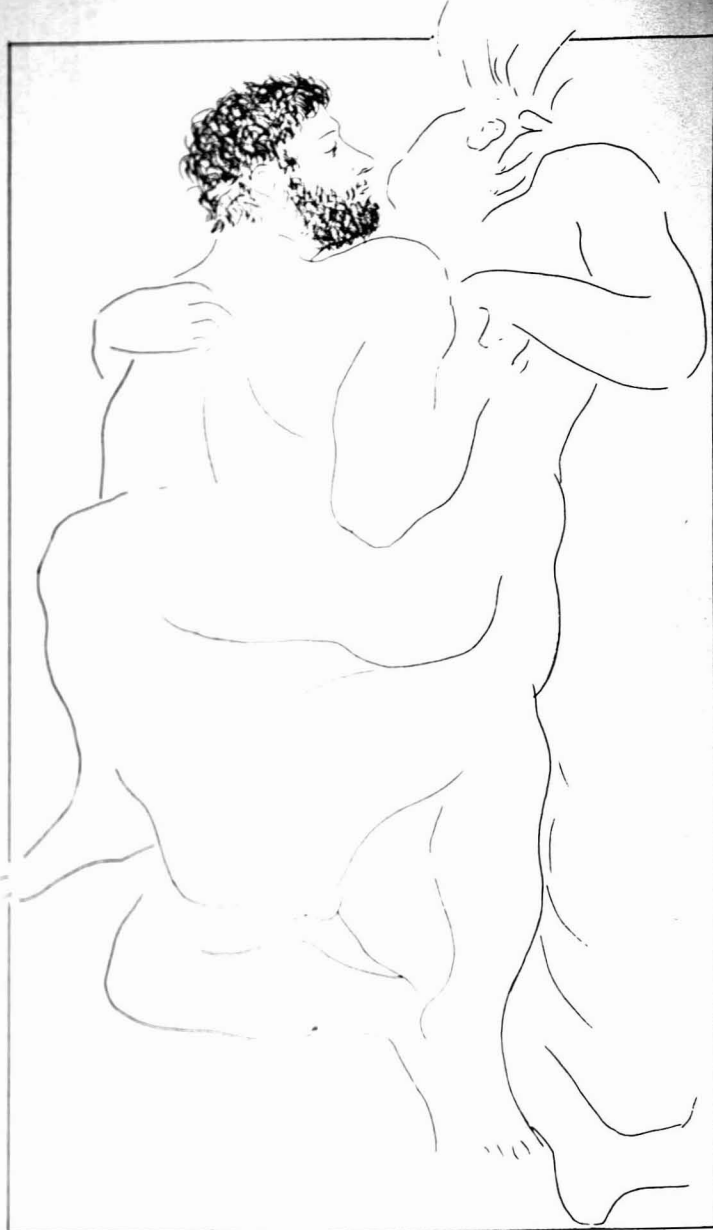
seráfico Fray Juan. Pero ¿y qué hará la Madre Teresa, mujer genial pero sin latines? Quién sabe cómo se las agencia para traer entre manos media docena de versículos salomónicos, sueltos, trastocados y mal vertidos por cierto.

Los tres se van a enfrentar al Cántico de los cánticos. Fray Luis, con claras intenciones de lingüista y exégeta, lo va a traducir y exponer (jugándose la pelleja). Fray Juan de la Cruz apenas se detendrá en las fórmulas más hermosas y menos "delicadas" como un apoyo libérrimo para ordenar sus propios vuelos de poeta prodigioso, acuñando 40 liras que cuentan entre las mejores estrofas de toda la lírica clásica española, y luego ir las explicando en prosa conforme a un proceso de alegorización elevada al cubo de la más abstracta y pedagógica des-realización. La Madre Teresa atrapa esos pocos versillos con avidez —y miedo— de virgen que no logra deshumanizarse, para aplicarlos a su propia intimidad visionaria. Con la ventaja de que, siendo ella al fin mujer y siendo el esposo o amado ya no Dios sino Jesús, al fin varón, su indomable feminidad puede encontrar vivencias (psicológicas) y afinidades literarias muy a modo para desahogar sus sublimaciones.

Veamos primeramente su actitud previa, su estado de ánimo y sus propósitos (los declarados y conscientes) ante la osadía de leer y comentar libro tan delicado, tan divinamente humano y viceversa. Echemos un vistazo a los tres prólogos.

Teresa de Jesús. Percibimos sus temblores e ilusiones de monja que no puede ni, en el fondo, desea neutralizar su feminidad en sus relaciones emocionales tanto con los hombres sus amigos como con Su Majestad. Entre seducida y atemorizada, ha transcrito ya el primer verso: "Bésemme con el beso de su boca", aunque por miedo a tan ardientes palabras, por miedo a sus propios afanes, ha intercalado la alusión sacralizante "el Señor". Y declara a sus monjiles lectoras: "Pareceros ha que hay algunas —ideas— en estos Cánticos que se pudieran decir por otro estilo (sin efusiones de boca a boca). Según es nuestra torpeza, no me espantaría; he oído algunas personas decir que antes huían de oírlos. ¡Oh, válgame Dios, qué gran miseria es la nuestra! ... que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor a dar a entender, hemos de sacar miedos. De mal ejercitados, *vanse los pensamientos adonde siempre están*, y dejan de pensar los grandes misterios que este lenguaje encierra en sí".

Pero la propia Madre Teresa sabe por experiencia lo difícil que resulta, por ejemplo, distinguir entre lo espiritual y lo sensual. Cien veces se lo han querido explicar sus escolásticos confesores. ¡Ni así! Trata de comprender eso de que hay dos clases de amor: "uno es puro espiritual, porque ninguna cosa parece le toca la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza; otro es espiritual y (pero) junta con él nuestra sensualidad y flaqueza. ... *Sino que va tan entremetido que a veces no hay quien lo entienda*. ... Y aquí da el demonio gran batería (de escrúpulos). Y aunque digo que



algo es sensual no lo debe ser, sino que ni yo sé cuál es sensual y cuál espiritual, ni sé cómo me pongo a hablar de ello. Es como quien oye hablar de lejos" (CAMINO DE PERFECCION, caps. 7 y 9).

(Expresado en términos modernos: hay flagrantes semejanzas, incluso equivalencias y, por supuesto, continuas interferencias, entre la afectividad erótica y las efusiones místicas. La simbólica amorosa de los místicos tiene claras y directas denotaciones conyugales: anillos, abrazos, intercambio de corazones, etc. Sin ánimos de molestar a quienes defienden la existencia de categorías irreductibles al erotismo humano, pienso freudianamente que la fenomenología mística no es más que una sexualidad traspuesta o sublimada. La famosa "experiencia" gozada o sufrida por Teresa de Jesús cuando sintió, pero de verdad y no en sueño visionario, cómo un ángel le transverberaba el corazón con un dardo, más de una lectora ha confesado que es la descripción más formidable de la vivencia orgásmica. Pero no pretendo entablar aquí una discusión teológico-psicoanalítica.)

Aunque confusa sobre sus propias experiencias teopáticas, nuestra monja carmelita no se arredra ante los hirvientes deliquios de la esposa del Cantar. Y como ella sentía "todos esos regalos, y desmayos, y muertes, y aflicciones, y deleites, y gozos", asume la expresividad de aquellos "besos en la boca". "Ansí que (aunque) estas palabras ponían temor en sí, tomada sola la letra, ... a quien vuestro amor, Señor, ha sacado de sí, perdonaréis *diga eso y más*,



aunque sea atrevimiento.” Y se lanza al comentario. (Volveremos a estas páginas teresianas porque hay un gracioso malentendido en la traducción de que ella disponía.)

Estas MEDITACIONES SOBRE LOS CANTARES representan una obra menor dentro de la producción teresiana; unas 50 páginas redactadas, con pulso alterado, hacia sus cincuenta años (entre 1568 y 1572). ¿Saben lo que ocurrió con el librito? Un confesor se lo mandó quemar, “por parecerle —cuenta su admirado y admirador Jerónimo Gracián— cosa nueva y peligrosa que mujer escribiese sobre los Cantares. Y como en aquel tiempo que le escribió hacía gran daño la herejía de Lutero, que abrió puerta a que mujeres y hombres idiotas leyesen y explicasen las divinas letras, por la cual (puerta) han entrado innumerables almas a la herejía y condenándose al infierno, parecióle que le quemase. Y así, al punto que este Padre se lo mandó, ella echó el libro en el fuego”. Afortunadamente había más copias por ahí repartidas, sin o con el consentimiento de la autora.

Pasemos al prólogo de Fray Luis de León, a su EXPOSICION DEL CANTAR DE LOS CANTARES. “Entre las demás Escrituras divinas, una es la canción suavisima que Salomón, rey y profeta, compuso, en la cual debajo de un enamorado razonamiento entre dos, pastor y pastora... se ven pintados al vivo los fuegos amorosos de los amantes, los encendidos deseos, los perpetuos cuidados, las recias congojas que la ausencia y el temor en ellos causan, juntamente con los celos y sospechas que entre ellos se mueven.”

Tan al vivo que su lectura es riesgosa: “difícultosa a todos y peligrosa a los mancebos, y a todos los que aún no están muy adelantados y muy firmes en la virtud”.

(Entre paréntesis, ante tantas cautelas y recelos, cualquiera supondría que estamos ante un *Ars amandi* o la *Kamasutra* o *Todo lo que usted quería saber sobre sexo*. Sin embargo, apenas se alude estilizadamente a la anatomía femenina, a la recámara, a un abrazo cuerpo a cuerpo en campo de azucenas, a la búsqueda de lugares solitarios, y otras exquisiteces poéticas. La única insinuación a los encantos encubiertos de la amada se expresa evasivamente: “demás de lo que está allá escondido”. Así lo entendió San Jerónimo, pero Fray Luis niega que se esté aludiendo a “lo que la naturaleza, por feo (valoración muy subjetiva y discutible del agustino), encubre en el más secreto rincón de la casa”. Y lo único realmente escabroso es toda esta discusión luisiana a propósito del “tsamatech” hebreo y la traducción perifrástica de San Jerónimo: “*praeter id quod intrinsecus latet*”...)

Fray Luis recuerda que entre los propios hebreos (muchísimo menos antisex que los cristianos) se prohibía la lectura del Cantar antes de los cuarenta años. Casualmente, nuestro exégeta lo está analizando con lupa, exegética y no morosa, hacia los treinta y tres (entre 1561 y 1562). Con la desventaja, es un decir, de que él

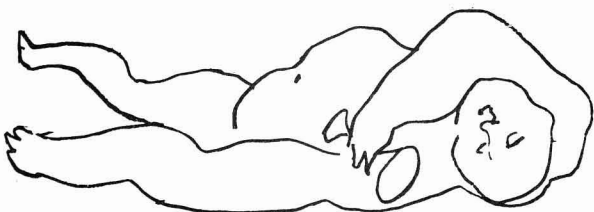
no es propiamente un místico sino un biblicista, decidido a “declarar la corteza de la letra (lo dificultoso a todos y peligroso a los jóvenes), así llanamente, como si en este libro no hubiera otro mayor secreto del que muestran aquellas palabras desnudas y, al parecer, dichas y respondidas entre Salomón y su esposa”. Claro que, por si acaso, se cura en salud declarando como “cosa cierta y sabida que en estos Cantares, debajo de amorosos requiebros explica el Espíritu Santo la Encarnación de Cristo y el entrañable amor que siempre tuvo a la Iglesia”. Sino que de esto ya se ha escrito mucho, y lo que falta es una buena traducción y un riguroso análisis hermenéutico.

¡Ay! , pero Fray Luis sabía sobradamente que eso estaba prohibido por los decretos eclesiásticos. Tranquilizó la conciencia diciéndose que acometía la empresa para uso estrictamente privado y con la excusa sentimental de estar haciendo una obra de misericordia con una pobre monjita, Sor Isabel Osorio, otra que tampoco sabía latín. Justificaciones cuando menos ambiguas. Porque le acabó saliendo un libro espléndido (para mi gusto su mejor obra en prosa), y cierto inevitable envanecimiento hizo que sacara copias para alguien más que la monjita. Y en cuanto a dedicar la traducción literal y su comentario realista justamente a una Sor. . . En fin, dejemos los juicios temerarios.

De hecho, fue a parar a las prisiones inquisitoriales: por el atrevimiento de traducir partes importantes de la Biblia (el Cantar principalmente) y por la osadía de corregir la versión oficial —cuasi sagrada— de la Vulgata. Total, cinco años encarcelado. Una vez libre, los propios superiores le rogarían que tradujese el comentario esta vez del español al latín, para uso exclusivo de los “ya muy adelantados y muy firmes en la virtud”; esto es, una vez más los clérigos.

En cuanto a San Juan de la Cruz, éste no se tiente el hábito pardo ni le tiembla el pulso. “¿Quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde El (El es Dios, ni siquiera Jesús) mora hace entender, y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir, y quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa. Porque ésta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten... que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez de espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón...”

Ningún escrúpulo para quien se dispone a entender y explicar “a lo puro del espíritu” los divinos Cantares de Salomón, con los ojos pedagógicos puestos en el quinto cielo de la alegorización místico-metafísica. Veamos sus elucubraciones de expositor: los montes son (no sólo significan metafóricamente) las virtudes; la “fuente cristalina” adonde se asoma la esposa que es el alma, es la fe; la paloma es el mismísimo Espíritu Santo (para Fray Luis es el



ave amorosa por excelencia); la noche es "el sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de Dios" (para Fray Luis, si "en todo tiempo desean las mujeres apasionadas de amor tener presente a quien aman, en las noches mucho más"); el cuello significa la fortaleza espiritual; "mamar los pechos de mi madre" quiere decir "enjuagar y apagar los apetitos y pasiones"; "el lecho florido" es... Cristo encarnado; las "cavernas bien escondidas" por donde se adentrará la pareja son los misterios inefables de Dios. Etc., etc.

¡Estamos a mil metros de altura sobre el sentido literal de los Cantares, y alejados incluso de la propia versión poética del CANTICO ESPIRITUAL! En el reino, no ya de la sublimación espiritualizante o simbólica sino de la desrealización más intelectualizada y, a la postre, artificial. Ni un suspicaz espía psicoanalítico encontraría en la prosa juanina el más leve rastro de transferencia subconsciente o de fantasía distorsionada.

Se entiende por qué Fray Juan de la Cruz no tuvo el más mínimo pleito inquisitorial, ni escrúpulo personal alguno. El amor místico aparece no sólo des-sexualizado sino a-sexualizado. ¡Bien podría aplicarse a los propios ángeles!

IV

En síntesis, tenemos tres niveles de lectura, tres acercamientos al Cantar de los Cantares. El primero textual, realista a cargo de Fray Luis. El segundo abstracto, metódicamente intelectualizado, a cargo de Fray Juan. Y el tercero, en una suerte de término medio, la captación simbólica pero vivencial, sublimada pero entrañablemente autobiográfica, a cargo de la Madre Teresa.

Lo más indicado, entonces, es recoger ciertos motivos del Cantar que hayan comentado los tres. Por su valor expresivo y sintomático, selecciono un punto relativo a la anatomía femenina y otro que describe una situación amorosa. Vaya, hablemos de senos y de vino.

Dos veces entona el amante salomónico loas a la admirable "fábrica corporal" de su amada, en los capítulos 4 y 7. Leamos el segundo elogio en la versión de Reina-Valera:

"¡Cuán hermosos son tus pies en las sandalias, oh hija de príncipe! Los contornos de tus muslos como joyas, obra de mano de excelente maestro. Tu ombligo como una taza redonda que no le falta bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos como gemelos de gacela. Tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como los estanques de Hebrón... Tu cabeza encima de ti como el Carmelo; y el cabello de tu cabeza como la púrpura del rey suspendida en los corredores. ¡Qué hermosa eres y cuán suave, oh amor deleitoso! —Tu estatura es semejante a la palmera, y tus pechos a los racimos. — Yo dije: Subiré a la palmera, asiré sus ramas. Deja





que tus pechos sean como racimos de vid, y el olor de tu boca como de manzanas, — y tu paladar como el buen vino”...

No encontramos, por supuesto, en el CANTICO ESPIRITUAL casi un solo elogio a los encantos físicos. La referencia menos incorpórea dice así en la estrofa 27:

*Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.*

El doctor del Carmelo se refiere, ¡oh decepción!, al pecho masculino de Dios, poco importa si en singular o en plural. Comenta: “¿Qué sentirá, pues, el alma aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo agradecerá ella, viendo estos pechos de Dios abiertos para sí con tan soberano y largo amor! Sintiéndose, pues, entre tantos deleites, entrégase toda sí misma a El, y dale también los pechos de su voluntad y amor... Dar el pecho uno a otro es darle su amor y amistad y descubrirle sus secretos como amigo.”

En la Madre Teresa el asunto resulta, además de menos irreal, más gracioso. El texto español que leyeron sus ojos decía: “Bésemme —el Señor— con el beso de su boca, porque *más valen tus pechos que el vino*.” El original, “porque mejores son tus amores que el vino”, en hebreo querría decir algo así como: prefiero andar en amores contigo que embriagándome con los mejores vinos. A la monjita ni se le ocurre sospechar que sus pupilas parpadeantes están leyendo una mala traducción. Nota que algo no va, pero atribuye su desconcierto a la inescrutable profundidad de la divina revelación: “Esto no entiendo cómo es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto... las cosas que acá podamos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos. Y así os encomiendo mucho que, cuando leyerdes algún libro y oyerdes sermón o pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo; no es para mujeres, ni aun para hombres, muchas cosas”.

El lío que se arma y desenreda tan piadosamente, responde a que ese primer verso del Cantar lo recita la esposa y entonces suena chocante la referencia a los senos. Nuestra extática virgen al fin transfiere a Jesús la visualización de unos pechos... maternos. “Cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que, como una persona que el placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos y arrimada a aquel sagrado costado y aquellos pechos divinos... Sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo... Así como un niño no entiende cómo

crece ni sabe cómo mama, que aun sin mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca, así es aquí... No sabe a qué lo comparar sino al regalo de la madre, que ama mucho al hijo y le cría y regala.”

Quien se atiene sin pestañear los ojos a la fascinante presencia de unos hermosos senos femeninos es Fray Luis. “No se puede decir cosa más bella ni más a propósito que comparar los pechos hermosos de la esposa a dos cabritos mellizos, los cuales, demás de la ternura que tienen por ser cabritos y de la igualdad de ser mellizos, y demás de ser cosa linda y apacible, y llena de regocijo y alegría, tienen un no sé qué de travesura y buen donaire, con que roban y llevan tras sí los ojos de los que los miran, poniéndoles afición de llegarse a ellos y de tratarlos entre las manos; que todas son cosas bien convenientes y que se hallan así en los pechos hermosos a quienes se comparan.”

Comenta luego la comparación *pechos = racimos, talle = palmera*: “Así como los racimos de la tal (vid o parra) parecen estar asidos de la palma y cuelgan de ella, así los dos pechos tuyos se hacen afuera y se muestran estar colgados de tu gentil estatura. Y porque es natural de la belleza acodiciar (encender en deseo) a sí a cualquiera que la conoce... Salomón añade con singular gracia y propiedad lo que sigue: ‘Dije: Yo subiré a la palma’... Que es como decir: ‘Tan dispuesta y linda eres como una palma. ¡Ay!, ¡quién subiese a ella hasta asirse de sus ramos altos!... ¡Oh, quién te alcanzase y gozase; quién pudiese llegar a ti y, enredándose en tus brazos y dándote mil besos, coger el dulce fruto de sus pechos y boca!’”

¿Cómo no imaginar al casto agustino escribiendo turbadamente tan sensuales fantasías, máxime si anticipaba las impresiones que fuera a gozar —sufrir la pobre— ¿pobre? ¿Sor Isabel Osorio? El editor de sus obras completas, también agustino y tenido en España por clérigo abierto y liberal, se cree en este punto obligado a poner coto a tal exaltación erótica recordando al lector cómo debe saltar por encima de esa “aparente carnalidad” (salomónica y luisiana) y concentrarse en su contenido espiritual.

V

Para terminar, propongo que degustemos tres maneras de sentir y de expresar otra realidad erótica del Cantar: la del vino con que se embriagan los enamorados y se abandonan a dulcísimos abrazos.

Reza el texto bíblico en traducción, ahora, de Fray Luis: “Metiome —mi amado— en la cámara (o bodega) del vino, y la bandera suya en mi amor. / Rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas, que enferma estoy de amor. / La su izquierda debajo de mi cabeza y la su derecha me abraza” (2, 4-6).

Comencemos con la Madre Teresa, quien transcribe de nuevo algo muy extraño: “Metióme el rey en la bodega del vino y





ordenó en mí la caridad." Explica: "Puede ser dar a beber más o menos y de un vino muy bueno, y otro mejor, y embriagar a uno más o menos. Así es en las mercedes del Señor, que a uno da poco vino de devoción, a otros más... Mas lo que dice la esposa es mucho junto. No parece que el Rey quiere dejarla nada por dar, sino que beba conforme a su deseo y se embriague bien, bebiendo todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese —pues— de esos gozos; no tema perder la vida de beber tanto...; muérase en ese paraíso de deleites." Así la quiere ver El, "perdida de sí, enajenada por amarle, y que la misma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar... Tan embebida y absorta, no parece que está en sí, sino con una manera de *borrachez divina* que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide".

Para enfriarnos de tan exaltada sublimación teresiana llega Fray Juan de la Cruz, quien vuelve a sorprendernos con unos versos de extremada hermosura y un comentario muy didáctico.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y, cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

En prosa, siquiera por una vez y sin que sirva de precedente deja asomar su casta castellana y andaluza para ilustrarnos sobre el vino malo y el "vino adobado". "Será bueno aquí notar brevemente la diferencia que hay del vino cocido que llaman añejo y entre el vino nuevo, que será la misma que hay entre los viejos y nuevos amadores... El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y el valor de él...; tiene el sabor grueso y áspero, y beber mucho de ello estraga al sujeto. El vino añejo tiene ya digerida la hez y asentada...; échase ya de ver la bondad del vino, y está muy seguro de no malear; el vino bien cocido por maravilla se malea y pierde. Tiene el sabor suave y la fuerza en la sustancia del vino, ya no en el gusto, y así la bebida de él hace buena disposición y da fuerza al sujeto."

Por fin tiene uno la saludable impresión de que el celestialísimo Fray Juan habla de algo real, tangible y potable. No por mucho tiempo; de inmediato pasa a la más abstrusa, frígida (en comparación con la propia Madre Teresa) alegorización. "Le llama *vino adobado*, porque este amor, que es el que Dios da a los perfectos, está ya cocido y adobado con las virtudes que ya el alma tiene ganadas... y esto con admirables deseos de hacer y padecer por El."

Pero ya nos espera Fray Luis, una vez más con los pies en la

tierra y los ojos abiertos y el paladar sensible al prodigio paralelo del "buen amor" y el "vino suave y bueno", ese que no apaga los apetitos y pasiones (como el de Fray Juan) sino que enciende y renueva aquellos "fuegos y juegos amorosos de los amantes".

"En el vino se declara en la Escritura Sagrada todo lo que es deleite y alegría... La comparación hecha del vino al amor es buena, porque natural es al vino alegrar el corazón, el desterrar de él todo cuidado penoso y henchirle de ricas y grandes esperanzas... que todas ellas son también propiedades del amor." Y así, en lo que dice la esposa, *rodeadme de vasos de vino*, "los vasos de vidrio han de entender aquí llenos de vino, para que con su olor y sabor tornase en sí su corazón desmayado". Todo es real, el vino como el desmayo de amor, la embriaguez y la codicia de acariciar los senos, que son "como racimos de vid: alegrarme he, deleitarme he con ellos, tratándolos como frescos y apiñados racimos de uva. Cogeré el aliento de tu boca, más olorosa que manzanas; gustaré del gusto de tu lengua y paladar, que en deleitar, alegrar y embriagar con dulzura y afición vence al mejor vino y que más gusto da a mi amado, cuando más sabor halla en él y más dulce lo siente: que bebe tanto de él, que después parla temblando los labios y desconcertadamente, como si estuviese durmiendo... Que es propiedad del vino bueno y suave, que se bebe como agua, y puesto después en la cabeza y hecho soñar de ella y de la razón, traba la lengua y media (entrecorta) las palabras y muda las letras y turba todo el orden de la buena pronunciación".

Embriagada también de amor y vino, la amada solicita: "la tu izquierda debajo de mi cabeza, y la tu derecha me abraza". ¡Al pie de la letra! "El natural remedio para los que se desmayan de amor es ver juntos consigo a los que aman y que les muestren señales de favor y voluntad... Y no fue en esto negligente el esposo, que acudió luego y la tomó en sus brazos. Se hace conforme a como ella dice: poniendo el brazo izquierdo debajo de la cabeza, y abrazándola con el derecho."

¡Lo que son las cosas! Esta escena de suave adormecimiento de la amada en brazos del amante, la encontramos visualizada con soberana, mágica exquisitez en una de las estrofas mejor cinceladas del nada erótico San Juan de la Cruz:

Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Y así dejamos a los magníficos amantes del Cantar de los Cantares, en ese instante de abandono e intimidad, cuando, ya muy noche, en palabras de Fray Luis: "él, sintiéndola dormida, la pone en el lecho mansamente".